

MANUEL GARRIDO PALACIOS¹

TRES CUENTOS CON EL AMOR DE FONDO

1

La crónica que no llegó a publicarse

Ayer se unieron en un para siempre temporal tras la tapia del Cementerio el *Picolabio* y la Manoli, de más conocidos en el mundo del chaboleo, él, por su porte afarinao, ella por el sonrecio de su cuerpo, ombligo abajo, a tanto el casco, sin guarrerías. Los vecinos no excusaron su ausencia ni fueron invitados al acto repentino, pero serán notarios de por vida de la unión, sentida por todos de arrejunte, borrando cualquier huella que enturbie la memoria, sin suelte de intención o lengua por parte de nadie, a menos que se las vea con el *Picolabio*, que da fuerte y no pregunta. De trámites previos sacó el novio a la novia de casa a empellones, nervio arriba, morro abajo. La presunta suegra, tía Fina, hastío en el alma, lumbago traidor, quedó a la puerta, abatida, inerme ante la decisión de la Manoli de ca-

¹ Escritor y realizador miembro de la ANLE. A partir de su formación en dirección cinematográfica ha dedicado su actividad a la de guionista y director de televisión (NHK de Japón, WDR de Alemania, TVE España). Sus series televisivas llevan la marca de la tradición popular: *Raíces*, *Todos los juegos*, *La duna móvil*, *El bosque sagrado*, *La Primavera en Doñana*, *Rasgos*, entre otras, y se han visto reconocidas con diferentes premios nacionales e internacionales. Es autor de una amplia y variada producción literaria. https://es.wikipedia.org/wiki/Manuel_Garrido_Palacios, <http://www.anle.us/218/Manuel-Garrido-Palacios.html>

sarse tan así, lavando luego su virginidad por cuatro veces en tamaña efemérides con idéntico rezo:

—Ya que el mío no come, que beba.

La novia lucía chanclas rotas, sucias de barro, falda de sobrios manchones, ropa interior manida y desmelene que para nada realizaba su hechura; el novio llevaba conjunto medio de pana, o sea, pantalón a secas, parches en rodillas, roal en culo y camisa de mil sudores. El calzado de ambos era leve de piso, moda de hacer duras las plantas. Con la prisa de última hora no rescató la Manoli del techo de lata el terno festivo; quedó allí, tiesa cáscara de noches de labor, con los zapatos de tacón gastado, recién dada saliva para lustre. La chabola de tía Fina acogerá el futuro de la pareja; no será reformada para ello por no alterar el modelo arquitectónico del entorno: ladrillo basto, trancas, bidones abiertos, suelo de tierra, retrete múltiple en bares o descampados, alivios donde se tercié. Los vecinos los miraron sin mucho ojo por cuanto las familias habían secreteado el romance, no por temor a pasto de revistas, sino por pura indiferencia. El *Picolabio* tiene trabajo asegurado en el paro; la Manoli dejará de officiar con otros y lo seguirá donde vaya, así sea al infierno. El conjunto vendrá en llamarse el *Picolabio* el de la Manoli o la Manoli la del *Picolabio*. La música del rito y el cortejo, fraguada con los ruidos distantes, no fue coro de ángeles vomitones con un solista rinconero, sino barullo de los camiones de basura que pasaban cerca. De arras usaron el entrelazo de manos en el choque agotador de un amor hecho en pie, contra la cal, a plena luz. Tras el derringue y los jadeos pasaron al final de la ceremonia pronunciando las frases de compromiso. El *Picolabio* dijo:

—Mira, Manoli, yo ando por ahí huye que te pillo, hecho un trapo; tú, lo mismo, puteo va y puteo viene; ¿te cuadra que nos juntemos para darnos calor y compañía?

Ella contestó:

—Bueno.

2

El alta

—Eulalia.

—Qué.

—¿Tú me quieres?

Piernas abiertas, corvas blancas, ligas negras, Eulalia limpiaba el portal con el cuplé en los labios a compás de aljofifa. Chirrió el cubo por el roce con el ladrillo y empujó a la calle a los niños que jugaban a la tángana.

La fregona es de guarras –defendía–; el brillo hay que sacarlo a pulso.

Él, flaco, perilla a pico, espíritu de ciprés abrazado al alta, llegaba del sanatorio. De puntillas, por no hollar tamaña pulcritud, le hizo la pregunta:

—Eulalia.

—Qué.

—¿Tú me quieres?

La vecindad le dio la mano de bienvenida y luego huyó al alpende a lavársela:

—Trae buen color pero no está curado. Este hombre lleva el mal dentro.

Él fue a la iglesia, subió la escalera de la torre con lentitud de rito y, al coronar la espadaña, se dejó caer en el vacío. Los niños que jugaban abajo lo sintieron rebotar en el suelo y el grito violento les trajo llanto. Roto el cuerpo –ya el alma lo estaba–, volvió a reptar peldaños hasta alcanzar de segundas el campanario. Al acudir gente al suceso nadie pudo hacer nada sino verlo chocar de nuevo contra las piedras. Pero esta vez ya no se levantó.

Momento antes, en el portal de la casa, resbalando la mirada por el culo redondo, las corvas blancas, las ligas negras, se atrevió a la pregunta:

—Eulalia.

—Qué.

—¿Tú me quieres?

Eulalia, entre arrastre de cubo, pasadas de aljofifa y canturreo destemplado, había dicho:

—No.

3

La danza helada

—Hoy es el día más feliz de mi vida –dijo la modista al zapatero la noche que la sacó a bailar.

La nieve había puesto sudario al pueblo, pero lo peor no fue eso, sino que la nieve taponó los caminos, aislando a los escasos habitantes, que, más que reparar en la belleza del paisaje, lo sentían como desgracia.

Ya que caía la nieve sin cesar y que su blandura copaba la vida, la gente se reunió en el salón del Ayuntamiento, cuya única estufa, nutrida de cáscaras de almendras, entibiaba el sitio para hacer llevadero el tiempo.

Visto desde lejos, parecía que fuera a celebrarse en el edificio un cónclave para que el alcalde se soltara en hacer promesas, ya que la vecindad entraba con mantas, sillas y talegas con víveres ante el temor a una fatal tormenta.

Con su cestillo llegó la modista, mujer con perfil recio, de pelo cano, velo a medias, surcos tallados en sus mejillas, en sus manos, intactas de otra piel.

Al zapatero, también alcalde, cartero, enterrador, sochantre, pregonero, sacristán y hombre solitario, que nunca había compartido dos días con otra persona porque le bastaban la vaca, las ovejas, el burro y las ratas, hizo honor a sus cargos y, por animar la noche, palmeó en la pared para decir a los presentes:

—Que el Pipo aporree el tambor, ya que no hay flauta, para que quien guste, que se eche un bailongo.

El Pipo marcó un corridito y unos y otras se agarraron en un arrastre de pies que competía en ruido con el chin pun. Sólo quedaron quietos el zapatero y la modista, cada cual con su historia auestas. Él estaba más por arengar que por meterse en danza, y a ella jamás la había sacado un hombre a bailar en todos sus años. Fue cuando, en un instante mágico, el zapatero se le acercó:

—Anda, mujer, que te has quedado sola; sal conmigo al baile, que parece que ni tú ni yo sabemos.

La modista se sonrojó, miró a ambos lados y se puso en pie como si iniciara un ritual esperado durante siglos. Después se palpó el velo, se alisó la falda y abrió los brazos para que el zapatero la tomara para danzar. A los cuatro o cinco pasos ella lo miró a los ojos y liberó un murmullo:

—Sepa usted que hoy es el día más feliz de mi vida.

Él zapatero extrañó que un día tan tormentoso pudiera hacer feliz a alguien.